



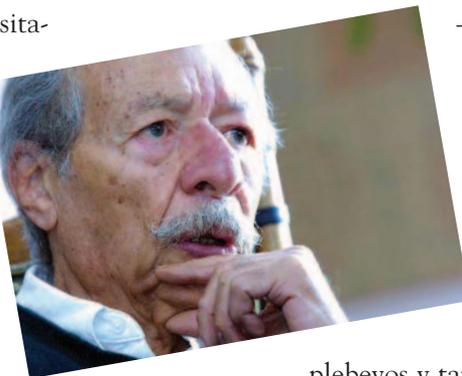
“Donde espumoso el mar siciliano...”: un recuerdo mitológico de ANTONIO ALATORRE

Raúl Ávila

El mejor estilo es...

...el que no se nota. Por lo tanto, si lo que sigue se nota, no está en el mejor estilo. Eso me lo dijo Antonio Alatorre cuando empezábamos a conocernos, cuando compartió conmigo –y con sus demás alumnos del tercer grado de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM– nada menos que a John Middleton Murry¹ y a los Welleck y Warren.² Otra cosa que aprendí con él fue que todo podía ser sujeto a discusión. Precisamente por eso logró su objetivo: que ya no supiera yo qué era la literatura.

Las discusiones que sosteníamos en la Facultad resonaban por toda la Ciudad Universitaria, pues apenas salíamos de clase nos íbamos al campus principal a seguir profundizando sobre los temas que había tocado Alatorre. Sus clases eran para poner oídos de lince a todos los que pretendíamos aprobar. De otra manera nos perdíamos los detalles sobre la literatura, que iban desde todo lo escrito con letras hasta sólo aque-



¹ Nuestro muy leído John escribió, a propósito de ese estilo, que era “la más alta conquista de la literatura”. Si quieren confirmarlo, vean la p. 13 de su libro *El estilo literario*; México, Fondo de Cultura Económica, 1951 (*Breviarios*, 46).

² El libro de René y Austin, que aún conservo, es la segunda edición corregida y aumentada de su *Teoría literaria*; Gredos, Madrid, 1959 (*Biblioteca Románica Hispánica*). Por cierto que la editorial enviaba, como en este caso, libros sin guillotinar para que el lector se divirtiera cortando los bordes con una plegadera, o con una navaja de las que tenían un solo filo, como la que usaba Antonio.

llo que resultaba “dulce y útil”, como dijo Quintus Horatius Flaccus –o sea, Horacio, pa’ los *cuates*. Debo señalar que ahora eso de lo dulce y lo útil parece ajonjolí de todos los moles: en internet incluso encontré una editorial con ese nombre. Pero antes sólo los iniciados –por Antonio, al menos– sabíamos esa frase, que usábamos –o por lo menos usaba yo– para impresionar a la humanidad, la cual quedaba aún más impresionada cuando la decía yo en latín: *dulce et utile*.

Sin embargo, ya ubicados en el nuevo Colegio de México, a fines de los años setenta del siglo pasado, tuvimos los nuevos alumnos que leer –lo que era relativamente fácil– y comprender –lo que nunca logré– nada menos que *El deslinde*, escrito por Alfonso Reyes³ quien, según nos confirmó burlonamente Antonio, no sabía griego. En ese libro el estilo de Reyes quizá no se notaba entre los asiduos a la Corte, pero nosotros éramos plebeyos y tampoco sabíamos griego, más allá de unas pocas etimologías aprendidas en la prepa. O sea que apenas entendí algunas partes del *Deslinde*, cuando lograba penetrar en su estilo reservado para expertos eruditos como el hoy recordado, como en el siguiente ejemplo:

³ El subtítulo es *Apuntes [?] para una teoría literaria*, en sus *Obras completas*, tomo XV, publicadas en México en 1963 por el Fondo de Cultura Económica (colección *Letras mexicanas*), p. 160.

Por deficiencia lingüística, el término “generalización” se aplica a veces, en libros y en cátedras, a una operación mental muy diferente de la que aquí tratamos [...] Se dice “generalizar” para aquel proceso que, cualitativamente y abstrayendo la esencia sobre un caso único, llega a él a través del concepto [...] Lalande propone [...] *koncepturo* (concepto como producto); *konceptigo* (el hecho de transformar algún dato en concepto: por ejemplo, una imagen); *koncepteso* (la cualidad abstracta de ser concepto), etcétera.

Como puede notarse, si uno quería meterse en el contenido del texto de Reyes, se encontraba con que resultaba a veces más oscuro que el “caliginoso lecho” que un “ser de la negra noche nos lo enseña”, mamífero que vuela siempre en compañía de una “infame turba de nocturnas aves”. Gracias a la “traducción” de Antonio, algo logramos deslindar de don Alfonso. También pudimos comprender y gozar, a lo largo de todo un semestre toñogongorino –donde leímos y creo que comprendimos los versos citados arriba–, las andanzas de Polifemo, enamorado de Galatea, seducida por Acis. El cíclope –es bien sabido– tenía sus ganados por los rumbos del Lilibeo, bóveda –muy conocida, por cierto– “de la fragua de Vulcano, o tumba de los huesos de Tifeo”. Como en mi adolescencia leía textos de la mitología antes de dormirme, coincidí con las referencias y explicaciones del mitológico Antonio, y disfruté el poema gongorino, aunque descubrí, de nuevo, que los héroes y personajes del mundo grecolatino tenían tantas versiones como aventuras.⁴

Para no batallar con los hiperbatones y los *titipunchales* –mexicanismo en cursivas por *montones*– de personajes mitológicos del barroco Góngora, le entré a sus canciones y letrillas, que también tienen su chiste. Hice para Antonio un trabajote de 40 cuartillas *a máquina*, que incluso pasé en limpio. Allí aproveché *El chiste*, de Freud, y *La risa*, de Bergson,⁵ para inspirarme.

⁴ Mi descubrimiento, entre varias causas, tiene que ver con ootro texto de las *Obras completas* de don Alfonso, que nos hizo consultar frecuentemente Antonio –el tomo XVI: *Religión griega. Mitología griega*; México, Fondo de Cultura Económica, 1964 (colección Letras mexicanas).

⁵ Me refiero al librote de Sigmund Freud, *El chiste y su relación con lo inconsciente*; Ercilla, Santiago de Chile, 1936; y al librito de Henri Bergson, *Le rire: essai sur la signification du comique*; Paris, Librairie Felix Alcan, 1926, *que j'ai lu en français, naturellement (voir au-dessous)*. Las referencias bibliográficas no corresponden a los libros que leí y que tenía en mi casa: los presté y nunca me los devolvieron.



Antonio, tras revisar y calificar mi texto, me dijo: “Te puse diez porque trabajaste mucho, pero te faltó creatividad.” Así fue, y desde entonces hasta la fecha sigo buscando y valorando la creatividad, junto con otra palabra que le gustaba mucho al maestro: *congruencia*. Insistía en que la gente, sobre todo en relación con la bibliografía, podía hacer las fichas como quisiera, pero tenía que mantener la congruencia y escribirlas siempre de la misma forma, para no perder el estilo.

A propósito de estilo, cabe apuntar que Antonio siempre mencionaba el ejemplo de *Juan de Mairena*. Ahora se cita el libro de Machado en internet a cada rato. A pesar de eso, yo fui a las fuentes originales impresas y catalogadas, como me enseñó el también director de la *Nueva Revista de Filología Hispánica*. En el libro machadiano encontré la versión que no ha variado:⁶

–Señor Pérez, salga usted a la pizarra y escriba: “Los eventos consuetudinarios que acontecen en la rúa”.

⁶ Cito de nada menos que Antonio Machado, *Juan de Mairena. Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo*, 1936, ed., introd. y notas de José María Valverde; Madrid, Castalia, 1971 (colección Clásicos Castalia), p. 41.

El alumno escribe lo que se le dicta.

—Vaya usted poniendo eso en lenguaje poético.

El alumno, después de meditar, escribe: “Lo que pasa en la calle”.

Mairena.— No está mal.

Y pues sí: Mairena —aunque no leyó las consideraciones negativas de Middleton Murry sobre el estilo grandilocuente— acercó a su alumno al mejor estilo, al que no se nota. Nuestro Antonio, por su parte, enseñó a su paisano estatal Arreola, con quien se confabulaba algunas tardes, a quitar todo lo sobraba en la prosa. Juan José, por recomendación de Antonio, se encerró en el Fondo a corregir estilos y a redactar solapas. Por mi parte, creo que también aprendí un poco a escribir sin que se notara mucho la forma, aunque mi aprendizaje nunca llegó al nivel necesario para satisfacer la mirada estilística de Alatorre.

Los chistes en francés y las reuniones de los miércoles

Algunas tardes —no las de los miércoles, de las que hablaré más adelante— sus seguidores íbamos a su casa de la colonia Las Águilas. Allí, además de cantar inevitablemente el “Soy un pobre venadito”, entonábamos también la de “Los peces en el río”, y algunas otras canciones populares como las recogidas por Federico,⁷ y escuchábamos ocasionalmente a Antonio cantar fuera del coro y tocar el piano. Además —y ése era mi gran problema— se decían chistes en francés, aunque se hablaba también español vulgar, lleno de *jijos*, *carajos* y *chingados*. Aparte de mi lengua materna —cuya elegancia trataba de cultivar— y mi *survival English*, yo apenas hablaba náhuatl de la Huasteca, que aprendí —aunque sólo para comprar y vender— en la tienda de mi padre, en el mero Tamazunchale. (Añado entre paréntesis y rubores que en la Facultad también estudié náhuatl el cual, por cierto, como resultó clásico, no me sirvió para hablar con los Josés y las Marías, paisanos míos que llegaban todos los días a la tienda a vender café recién cortado y de todos colores.)

⁷ García Lorca, por supuesto, en sus *Obras completas*, tomo 1, ed. de Arturo del Hoyo, pról. de Jorge Guillén; Aguilar, México, 1991.

Por todo esto que he contado, no me quedó más remedio que ponerme a estudiar francés en El Colegio, y luego portugués y alemán, como mi maestro Alatorre, con quien aprendí lo que aún no he olvidado: palabras como *Weltanschauung*, *Urtext*, *Zeitgeist*, *Forschung* y otras más. Gracias a esas palabras descubrí que los sustantivos en esa lengua se escriben con mayúscula. De allí se me ocurrió pensar que, para ser buen *escribiente* (que conste que está en el diccionario) en alemán, hay que saber gramática. Y también me animé a casarme con una mujer que sabía callar en siete lenguas, incluido el sueco —su lengua paterna, materna, familiar, amiguera y, más recientemente, *eskypera*. Ya casada conmigo, aprendió a guardar silencio en dos lenguas más, entre ellas ¡el griego! —aunque moderno, eso sí, pero suficiente para no sentir complejos ante mi gurú, pues tenía en casa a mi consultora.

En El Colegio los novatos como yo estábamos condenados a pagar nuestras pecados los miércoles, en un cónclave donde se leían y discutían sesudos artículos de gente cultísima. Las reuniones empezaban como a las cinco de la tarde, y terminaban como a las ocho, cuando ya era difícil simular que uno mantenía la atención. En la sala de juntas del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, que dirigía Antonio, se reunían muchos sabios. Recuerdo muy bien los nombres de la mayoría de ellos, pero no los voy a escribir aquí. Sólo añado que hasta venía un italiano de la embajada. En esas reuniones nos *rasuraban* el estilo, e incluso señalaban mexicanismos —concepto que conocí allí por primera vez. Sobra decir que mis artículos —las veces que me atrevía a presentarlos— eran corregidos sin piedad, y no había excepciones. Cuando lograba que pasaran la censura de más de siete, no tenía problema alguno cuando los leía en voz alta ante una audiencia congresista menos exigente. El mayor elogio que recibí en esas reuniones fue algo como: “Dado el carácter innovador del artículo de Raúl, convendría pensar en la posibilidad de que se publicara en la *Nueva Revista*”, de la que —por cierto— fui redactor bibliográfico a lo largo de ocho años, bajo la dirección del homenajeados que recordamos.

Para mi tranquilidad, Antonio —que se mofaba de quienes había conocido de oídas o leídas y que, en su opinión, merecían las banderillas— era capaz de corregir

no sólo mi prosa, sino también la de todos los aspirantes a publicar en la revista, aunque fueran académicos de renombre. Tal parece que uno de sus placeres era tachar, añadir y marcar los artículos que se le ponían enfrente. No faltaban las reclamaciones de los tijereteados. Recuerdo por lo menos una de ellas, que finalmente se resolvió en términos antoninos, pues el director siempre estuvo dispuesto a regatear y aceptar propuestas que fueran equivalentes o mejores a las suyas. Los autores, por su parte, casi siempre agradecían los detallados cotejos que hacía Alatorre a sus referencias bibliográficas, mediante la consulta de las fuentes y las páginas en los libros y revistas que ubicaba en las fichas del acervo todavía analógico –o sea que se escribían las fichas a máquina– de nuestra extensa biblioteca. Todo esto me hacía sentir que, si algo era aprobado por Antonio para que se publicara en la revista, tenía una bibliografía segura.

La Nueva Revista y Alatorre para todos

A fines de los años sesenta del siglo anterior a éste, la *Nueva Revista* se hacía casi *a mano*. Los artículos llegaban escritos a máquina; Antonio –como ya dije– les apretaba las tuercas estilísticas, bibliográficas y tipográficas, y los reenviaba a los autores para que los aprobaran. Cuando los regresaban, pasaban a la imprenta, donde los linotipistas los formaban e imprimían. A continuación recibíamos las pruebas o galeras, a las cuales también éramos condenados los estudiantes, quienes debíamos cotejarlas contra los originales. Nos inventamos ciertos códigos, con clickeos ápicolinguales para las comillas, y rítmicos golpeteos con los dedos para las cursivas, más un ocasional “¡hummm!” para los también ocasionales puntos suspensivos. Además teníamos que pronunciar muy bien todas las lenguas romances –aunque afortunadamente había pocas referencias en rumano–, algunas germánicas y sí..., también unas pocas eslavas. Todas las leía muy bien nuestro gurú, aunque nunca me atreví a preguntarle si también las comprendía.

Yo, como redactor bibliográfico, digitalizador –en la máquina de escribir– y acomodador de fichas de la famosa revista, tenía que saber a qué rubro pertenecía

cada dichosa papeleta y decidir, entre otras cuestiones, si Alfonso el Sabio era anterior a Cervantes. Tomada la decisión, intercalaba manualmente cada una de las fichas. Después las mandábamos, en montoncitos atados con ligas, a la imprenta, donde las linotipeaban para formar las omnipresentes galeras, que nos enviaban dobladas como cubierta alrededor de las fichas correspondientes, las cuales, tras la corrección tipográfica de las galeras, eran de nuevo intercaladas, esta vez en ficheros de madera que todavía están en la oficina donde se edita la *Nueva Revista*. Ahora los ficheros ya tienen huecos, pues se discontinuaron a fines de los ochenta, cuando se inició la era digital. Gracias a eso y a un programa desarrollado ex profeso (*ex va* junto, según la nueva ortografía académica de 2010), la malvada compu sabe muy bien en qué rubro va cada ficha, y coloca a Góngora antes de Quevedo sin ninguna duda memorística.

Algunos creen que Antonio sólo escribía para eruditos a quienes iban dirigidas, entre otras, sus investigaciones sobre sor Juana; o que a veces descendía del Olimpo y escribía cosas más entendibles, como *Los 1001 años de la lengua española*, libro cuya primera edición, de 1979, fue bastante pesada: mucho más de mil un gramos (exactamente dos kilos 900 gramos) de sabiduría de Alatorre, con diseño de Beatrice Trueblood para el Bancomer aún de Espinosa Iglesias. El diseño –dicho sea a la carrera– no fue del agrado del maestro.

Antonio no sólo tenía la tesitura hispanolatina y sorjuanense: también escribía para niños, lo que con frecuencia se ignora. En los libros de texto gratuitos de los años sesenta y setenta del siglo que ya se fue colaboró bastante. Además de ayudar en la selección de lecturas, escribió varios textos. La adaptación que hizo de “El señor, el niño y el burro”⁸ refleja –en mi opinión– muy bien su carácter en las primeras dos líneas que él escribió:

Este cuento se llama así porque en él tienen que aparecer, a fuerzas, un señor, un niño y un burro.

⁸ *Español segundo grado*, México, Secretaría de Educación Pública, 1972, p. 76.

Otro texto que me gusta mucho es “Los nombres”, que apareció en el libro de español de primero.⁹ Lo cito completo a continuación:

A mí me gustan los nombres. Todo tiene un nombre: el caballo se llama caballo, el maíz se llama maíz, y así todo.

La maestra nos dijo que hasta las piedras tienen a veces un nombre.

Una noche, cuando era chiquito, vi en el cielo unas cosas que no sabía cómo se llamaban.

—¿Cómo se llaman esas luces? —pregunté.

—Se llaman estrellas —dijo mi mamá.

Es de los nombres que más me gusta. A veces lo digo muy quedito: “Estrellas, estrellas”. (Lo que yo conocía ya era la Luna, que es otro nombre bonito: “Luna, Luna.”)

También me gusta el nombre de la sandía, que es un nombre fresco y colorado.

Me pongo a pensar, y veo que casi todos los nombres me gustan.

Quizá por eso de que todos los nombres le gustaban se animó a escribir “Sobre algunas palabras”, casi diez años después.¹⁰ En esa ocasión explicó a los niños de 8 a 9 años palabras como *canción* —“una letra para cantar”—; *cuento* —“las cosas que se cuentan”—; *fábula* —“sus personajes son animales [...] que dicen unas cosas inteligentes o idiotas, igual que si fueran seres humanos [...] nos dan casi siempre una lección [...] que se llama *moraleja*”. El *refrán*, dice Antonio, “nos da también una lección, pero muy breve”; la *adivinanza*, en cambio, “no da lecciones ni enseña nada, sino que nos invita a descubrir algo nosotros solos”.

Las últimas palabras que comentó Antonio para los niños de segundo fueron la *calavera*, la *calaca* y la *muer-te*. Decía que “el chiste de la calavera consiste en imaginar que la persona de quien nos estamos riendo ya está muerta”. Yo me atrevo a proponer, contrariando a mi querido, irreverente y mitológico maestro, que el chiste de las calaveras es recordar con mucho cariño, como si estuviera viva, a la persona a la que le componemos los versos:

⁹ *Español primer grado*, México, Secretaría de Educación Pública, 1972, pp. 168-169.

¹⁰ En *Mi libro de segundo. Lecturas*, Secretaría de Educación Pública, México, 1981, pp. 141-143.



Antonio ya se peló,
ya pintó su calavera.
Muchos recuerdos dejó
regados por donde quiera:
el piano siempre tocó
para cantar las rancheras,
y hasta en griego nos habló
cuando corregía galeras.

Raúl Ávila es profesor-investigador de carrera del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores y del comité editorial de *Ciencia*. Es editor general del portal *intercambio.org.mx*. Ha publicado más de 120 textos, entre artículos y libros. Actualmente coordina el proyecto Difusión del Español por los Medios, en el que participan 26 universidades de 20 países. Sus líneas de investigación se ubican dentro de la lexicología y la sociolingüística. Entre sus últimas publicaciones están *De la imprenta a la internet. El español y los medios de comunicación masiva* (2ª ed., Colmex, 2006), *Diccionario inicial del español de México* (2ª ed., Trillas, 2004), y “Españolismos y mexicanismos” (véase su página web para éste y otros artículos: www.colmex.mx/academicos/cell/ravila/index.htm). ravila@colmex.mx